



Crecida del Ebro a su paso por Zaragoza, esta semana. | EFE

El Ebro y la nieve desmontan el discurso del Gobierno

La enésima crecida del río más caudaloso de España certifica que la opción de la desalación y la reutilización como alternativa frente a los trasvases es, como mínimo, cuestionable

0

F. J. Benito

18.12.21 | 21:34 | **Actualizado a las 07:54**

Un otoño más -puede que en el inminente invierno la situación se repita- el Ebro ha llegado de nuevo puntual a su cita de destrucción y ha asolado, con la colaboración de sus afluentes, gran parte de la rica huerta navarra, aragonesa y burgalesa, pues el río también asoló la ciudad de Miranda que lleva acoplado su nombre. Seguro que durante esta semana que cerramos hoy para **encarar la que nos lleva de cabeza a la Navidad**, habrán visto en sus televisores la crecida del río en Zaragoza, con un caudal que llegó a superar los dos mil metros cúbicos por segundo. Multipliquen por mil y obtendrán la burrada de litros de agua que pasaron junto a la Basílica de El Pilar.

Una vez más, el Ebro, el río más caudaloso de España, como nos enseñaron en el colegio cuando en las clases de Geografía se aprendía algo más de los ríos españoles que, simplemente, las características de los que pasan por nuestros barrios, ha vuelto, insisto, fiel a su cita, para demostrar que **en España sigue habiendo agua de sobra** y para poner, incluso, en cuestión, los estudios que la vicepresidenta Teresa Ribera saca a pasear cada vez que en Alicante nos vende que los ríos españoles se van a quedar sin agua, y no queda otra que tirar de la desalación, que, y la culpa no es del cambio climático, nos va a salir a 1,25 euros el metro cúbico en 2022, año que ya empieza a asomar. ¿Acaso no sigue un principio básico de la sostenibilidad querer aprovechar al máximo una parte del agua que ahora se vierte al mar?

Por supuesto que no voy a ser el que se enfrente ahora contra molinos de viento pidiendo el hoy imposible trasvase del Ebro. Tiempo hubo para buscar el consenso político y social necesario para que el envío de esos 1.500 hm³ para la Comunidad Valenciana que hubieran solucionado todos los problemas hídricos de la provincia -incluido el herido de muerte Tajo-Segura- se hubiera aprobado, pero nuestros padres de la patria fueron, como siempre, a lo suyo. El entonces presidente, **José Luis Rodríguez Zapatero**, se dejó convencer por la ministra Cristina Narbona para cambiar agua de río por la desalada en el Mediterráneo, una iniciativa reforzada por a la necesidad de contar con los votos de ERC (el Ebro desemboca en Cataluña) para gobernar España desde Madrid. Llegaría después **Mariano Rajoy** y más de lo mismo, no se crean.

Pero, a lo que íbamos. **La crecida del Ebro de estas dos últimas semanas** y las trombas de agua y nieve que sacudieron el tercio norte, inundando huertas, provocaron millones en pérdidas y dejaron 660 hm³ en la cabecera del Tajo, demostrando de nuevo que la solución al reparto del agua en España debe seguir contemplando, también, los trasvases. Y con los trasvases, las obras de regulación que posibiliten aprovechar esa catarata de agua que todos los años siembra la destrucción y el caos antes de acabar en el mar, dejando en evidencia aquello de que el futuro hídrico solo se garantizará con agua desalada y mejorando la calidad de la reutilizada. Por supuesto, nadie lo discute, pero como un complemento más de ese «pull» de agua por el que claman los expertos.

En España hemos pasado en 30 años de proyectar la interconexión de todas las **cuencas hidrográficas** a querer cerrar el grifo de los trasvases -bueno, de algunos, porque el Ebro, entre otros, sigue enviando agua a Tarragona, Bilbao y Santander- e imponer el agua

desalada en la franja sur del Mediterráneo interconectando ahora las desaladoras, unas plantas que, como la de Torrevieja, siguen, incluso, sin conexión con la mayor parte de los agricultores de la provincia.

La interconexión de las cuencas era un proyecto planteado desde la razón y la realidad que no salió adelante y que, paradójicas de la vida, unos años después sería dinamitado por la que es hoy consorte de **Josep Borrell**, padre de la idea, la entonces ministra de Medio Ambiente, **Cristina Narbona**, imponiendo la hoja de ruta de la desalación, que encarecerá el agua un 30% el año que viene. Hoy, en el año en que se han cumplido cuarenta y dos desde que llegara al sur de la provincia la primera gota de agua del Tajo para traer la prosperidad y la riqueza, tanto a Alicante como al resto de España, el trasvase está herido de muerte si el sentido común y la política no lo remedian, porque no creo que este asunto tenga mucho recorrido en la Justicia.

Desde que Cristina Narbona marcó la hoja de ruta de la desalación, ha sido seguida al pie de la letra por todos los que han tenido **responsabilidad en la política hídrica** de este país en el que las competencias del agua son centrales. Narbona, digo, marcó la senda de la desalación. Vamos, que fue la autora intelectual del proyecto para cerrar el Tajo-Segura, que es por donde avanza ahora con firmeza la vicepresidenta **Teresa Ribera**, además de la mejora de la calidad del agua residual, algo que nadie discute y menos en Alicante. El 80% del agua reutilizable termina en las explotaciones agrícolas.

Lo que nos jugamos: la industria agroalimentaria vinculada al **agua del Tajo-Segura** -que costó 1.800 millones de euros y que, entre otras cosas, ha evitado que Alicante sea hoy un desierto- aporta en su conjunto 3.000 millones de euros al PIB nacional y sostiene cien mil empleos. Algo que convierte la infraestructura en una cuestión de Estado, más allá de la importancia directa que tiene la transferencia de agua para Alicante o Murcia. El agua del Tajo es vital para el 62% de la agricultura de regadío de Alicante, que factura 500 millones de euros al año y da empleo a 110.000 personas en la cuenca del Segura, de las que 51.325 residen en la provincia. El valor del regadío se cifra en 1.700 millones de euros. Y a esta cifra, además, hay que sumar que la industria agroalimentaria aporta otros 2.400 millones de euros al PIB nacional. Para que no se olvide.

Castilla-La Mancha, Madrid y Extremadura, cedentes del agua del Tajo que llega a Alicante y Murcia, han recibido en estos 42 años de transferencia de agua unos 500 millones de euros por el caudal cedido. Según la actual ley del trasvase, **el dinero debiera utilizarse para financiar proyectos ambientales**. Otra cuestión es que los fondos no acabaran en la

Confederación del Tajo, la que administra el canal. Con anterioridad a 1986, la compensación económica, que suponía el 4% anual del coste las obras, la recaudaba el Estado, que era el encargado de aplicar esos ingresos a dichas labores de mejora. ¿Se hizo algo? Pues eso.

Recordaba que el Ebro sacudió con fuerza Miranda de Ebro, localidad natal del ilicitano Ángel Urbina, que desde hace una semana preside la Comunidad General de Usuarios del Medio Vinalopó y l'Alacantí. Uno de los primeros que le llamó para felicitarle fue el presidente de la Confederación del Júcar, la misma que tiene bloqueado el trasvase Júcar-Vinalopó, una obra de 400 millones de euros tirados al vertedero. Urbina ha ofrecido diálogo y ganas de alcanzar acuerdos. Esperemos que en València y Madrid hayan tomado nota.

Postdata: los más veteranos aún se acuerdan del proyecto para llevar agua del pueblo aragonés de Novillas, que siempre se inunda en cuanto hay una crecida, por una tubería de 380 kilómetros al embalse de Alarcón, conectado con el Tajo-Segura y el Júcar. Eran los tiempos de Josep Borrell al mando. En 2005 se anuló y así seguimos. Hasta la próxima crecida, que la habrá. Inconcebible que en la misma España pasemos de pedir la zona catastrófica por la sequía a hacerlo por las inundaciones. **50.000 anegadas** en Aragón, Navarra y Rioja